

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezal, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezal

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Transmisión de la Fe
<i>Bénédicte Sere</i>	5	Elementos de una transmisión teológica de la fe
<i>Avery Cardinal Dulles</i>	15	Tradición auténtica e inauténtica
<i>Stefaan van Calster</i>	24	La Liturgia como un lugar privilegiado para la transmisión de la fe
<i>Lucio Florio</i>	39	La religiosidad popular en la transmisión de la fe
<i>Marie-France Begué</i>	53	Aportes para meditar el testimonio
<i>Andrea Sánchez Ruiz de Welch</i>	66	Jesús pro-existente
<i>Luis Baliña</i>	77	Tiempo de crisis, ruidos de línea
<i>Erich Kock</i>	82	Peter Wust, a sesenta años de su muerte

Peter Wust

A sesenta años de su muerte

Erich Kock *

Era un hombre de hambre y sed. Ello le exigía saber, para poder vivir, y la verdad significaba para él lo mismo que comer y beber. Su figura filosófica fundamental era la indigencia. También por ello no filosofaba como alguien que se sabe en posesión de la verdad. Tenía hambre de conocimiento; vivía en la sed de la reflexión.

El joven aldeano Peter Wust de Rissenthal en el territorio del Saar no sabía cómo podía llegar a los libros. Por eso importunaba al cielo por el favor de un libro. A su profesor le quedaba el deseo oculto, pues el alumno no osaba manifestárselo. Sin embargo un día le puso de improviso un libro en la mano, y el destinatario “totalmente desconcertado y golpeado” (Wust), no sabía que le sucedía. El filósofo ocupante de una cátedra evocaba en la memoria, la conexión llena de misterio de su oración implorante y de la imprevista respuesta. Secretamente a los 12 años había dirigido una petición a “Su Majestad, el emperador de Alemania Guillermo II en Berlín”, en la que pedía un cajón con libros – una carta, que el Mayordomo mayor imperial respondió con poca complacencia y que para la habilitación ocasionó molestias de tiempo.

Nueve días antes de su muerte el 3 de abril de 1940 dejó con sus 65 años su último libro junto a su lecho. Sus grandes pruebas

* Escritor, Colonia.

habían sido siempre los libros, y ahora tenía también que despedir a esos amigos. Peter Wust murió después de repetidas operaciones y penosos dolores de un cáncer de laringe. Desde largo tiempo le era casi imposible hablar, y así escribía en cuadernos de apuntes, lo que pensaba comunicar a los visitantes o lo que también pensaba sólo para sus propios ojos: “Café y pasteles, ensalada. ¡Hambre, hambre, hambre! ¡Yo pedía a Dios mi muerte!” El 18 de diciembre de 1939 Wust se despidió de sus seguidores y discípulos en una conmovedora “despedida” – a veces concurrían casi 500 jóvenes a sus lecciones. Allí decía: “Y cuando ustedes me pregunten, antes que yo me vaya, si yo no conozco una llave encantada que puede abrir la última puerta a la sabiduría de la vida, les responderé a ustedes: ciertamente que no es esta llave encantada la reflexión, como ustedes podrían esperar de un filósofo, sino la oración. La oración tomada como último abandono, tranquiliza, hace infantil, hace objetivo... La oración caracteriza toda la última *humilitas* del espíritu. La gran cosa de existir sólo es dada a los espíritus orantes”.

En un miércoles hacia la una del mediodía murió Peter Wust en su casa del *Strassburger Weg*, 99. Como una de las últimas palabras escritas deletreó el nombre de su mujer. Murió con angustias y dolores, sin embargo con coraje socrático y como cristiano católico.

Las palabras bien próximas al corazón del filósofo se resumen así: “nuevamente, hogar, cuidado, incertidumbre, riesgo, reposo, necesidad, hambre, sed, sencillamente”. Wust había también filosofado, como uno al que atormentan el hambre y la sed; como uno que experimenta vivamente, que no concuerda con el mundo. Wust ha traído su filosofía de la existencia con atormentante y penetrante inteligencia a la palabra; cuerpo y alma eran siempre importantes en él y todo lo demás sólo un asunto de la cabeza. Como lo ha expresado Karl Pfleger, “el pensar en un continuo mostrar, aspirar a aquello que llamaba su fundamento de ser, el deseo del integral llegar a ser hombre”. Como un hijo perdido se abría el filósofo para buscar la casa del Padre. Su pensar le había descubierto, que el no estaba en casa, pero quería estar en casa – en el eterno reposo. El

extraviarse temporalmente pertenecía al hombre como su morir. Siempre aspiraba Peter Wust hacia casa, y así llevaba su filosofía en sí el estigma cristiano del camino.

Así Wust era totalmente distinto a un filósofo de la formación. Largo tiempo antes de que el existencialismo fuera una cosa de los cafés de París y de las corrientes literarias, los pensadores como Gabriel Marcel y Peter Wust, habían ambos dado con la huella de la filosofía existencial con obras como *"Ser y tener"*, *"Ingenuidad y piedad"* (Wust 1925) e *"Incertidumbre y riesgo"* (Wust 1936/1937). Naturalmente que pensadores como Blas Pascal y Soren Kierkegaard han sido padrinos de este modo de filosofar, sólo que su pensamiento fue plenamente independiente y críticamente elaborado. Wust estaba también siempre dispuesto a conversar con sus estudiantes, no había ningún pretexto en el camino para no hacerlo. El pensamiento dogmático lo escandalizaba. Todos los libros de Wust no tienen otro sentido que aportar claridad sobre la existencia del hombre. Por diez años trabajó el sutil y pensador Wust en un libro que debía ser su obra maestra: *"Incertidumbre y riesgo"*. Como estricto trabajo filosófico puso la tensión dialéctica de la existencia humana entre seguridad e inseguridad, la necesaria búsqueda filosófica, hacia la certeza de la salvación y revelación. Una absoluta certeza de salvación, rendición y amor no puede sin embargo darse. Siempre queda un resto alógico, y también hombre y destino están en cierta medida al acecho uno del otro. Wust es el pensador de la existencia consciente y arriesgada. Wust encuentra en esta obra el recto y arriesgado camino a una dialéctica de la certeza en la incertidumbre, halla la certeza en la incertidumbre, y esto es hasta el día de hoy vertiginoso de seguir.

Necesidades de saber son también necesidades de salvación, y el hombre de hoy encuentra en esta ya profética obra respuestas para su vida, y no menos que aquellos que de 1935 a 1940 escuchaban la cátedra de su autor. Eran jóvenes que en tales horas de atmósfera de presión de la dictadura nacionalsocialista podían respirar el aire del pensar libre.

Por eso fue el filosofar de Wust en la mayoría de los colegios universitarios en Münster era tomado como “profano”. El espíritu de casta de muchas grandes cátedras no quería conformarse con el prusiano ministro de culto de 1930, que había llamado al estudiante de Colonia Peter Wust como “profesor ordinario” a la universidad de Münster (cuya habilitación había guiado Max Scheler). En otros en cambio se tenía al joven campesino del Rissenthaler, como un secreto provincial del distrito del Saar que había conseguido desde largo tiempo atención y dedicación. Pues libros como *“El surgimiento de la metafísica”* (1920), *“Ingenuidad y piedad”* (1925) y la *“Dialéctica del espíritu”* (1928) no habían quedado sin influencia en el público filosófico. Robert Spaemann ha señalado que “Peter Wust no ha encontrado ningún Platón, en que fuera presentada su filosofía. Wust no era tampoco Sócrates – pero era uno de los más convincentes filósofos del conocimiento que hemos tenido en la pasada centuria, y acaso era el único entre los filósofos de la existencia, que han respondido con toda su existencia por su filosofía”.

La tumba de Wust se encuentra en el cementerio de Mecklenbeck junto a Münster. La sencilla piedra gris bajo la Cruz en el centro del cementerio es de hiedra verde oscura y cubre dos abetos. Por muchos años buscó Wust en su aldea muy urbanizada encontrar la imagen y la realidad de su procedencia campesina. En la campesina región de Münster con estudiantes y doctorandos (gran número: quince) hacía largos paseos en dirección a Meckleburg. Las entretanto desaparecidas iglesias aldeanas fueron visitadas y visitadas por el filósofo orante de Münster, y en especial la iglesia del Espíritu Santo en la parte sur, donde Wust tenía su residencia en el *Strassburger Weg*.

Sin embargo sería falso presentarse los años de Münster como una especie de idilio. No lo eran. A pesar de las exigencias de las lecciones y trabajos de seminario y los síntomas de su enfermedad, Peter Wust con su puro e increíble coraje había luchado contra aquellos que buscaban también hacer de Münster “una ciudad nacionalsocialista”. Reinhold Pabel y Waldemar Gurian han atestigua-

do por escrito su apasionada queja en la cátedra contra la “esclavización del espíritu”. Cuando también periódicamente luchaba “con mirada descubierta”, era vigilado y calumniado. Cuando se ponía a hablar, se conversaba algunas veces desde su oficio de filósofo y el siempre amenazante cáncer: “Yo soy filósofo, y no puedo temer el filosofar, cuando se trata de la verdad”.

Aún hasta en los últimos días de su vida le ocupaba la malignidad de la dictadura parda: “Cuando esta gente triunfa, no conoce ningún límite” (apunte de Benne Wust). No, Münster no era ningún idilio y Peter Wust no era el hombre que se hubiera contentado con pasear junto a la cuenca del Mecklen o en el llamado “camino de los filósofos” en la ribera del Main.

Apenas tres meses antes de la muerte de Wust lo visitó el obispo de Münster (que una vez confesaba no entender demasiado su filosofía) Clemens August Graf von Galen en su lecho de enfermo. Esto era casi un año después que el “conductor del Reich y encargado de la educación nacionalsocialista del partido” Alfred Rosenberg fue nombrado ciudadano honorario de la ciudad de Münster y un año y medio antes que Clemens August pronunciara su primer plática completa sobre los ataques a los derechos humanos por parte del nacionalsocialismo. Y así inequívocas huellas conducen del reconocimiento del filósofo al reconocimiento del obispo, que tuviera una amplia resonancia en Alemania y en el extranjero.

En una pequeña aldea de Alsacia oficiaba entre tanto, un párroco católico, que sólo se abonaba al “*Kölnische Volkszeitung* y no se perdía por tanto ninguna de las afinaciones de Wust”. Y entre tanto leía, sin conocerme personalmente, mi libro “en la sombra de la iglesia” porque en él encontraba el recogimiento del ser, que él en su primer crisis de fe había perdido. Karl Pfleger tenía la primera carta escrita el 28 de julio de 1935 por Peter Wust en los últimos días de julio. Una frase de esta carta dice así: “Como filósofo quiero yo vivir y morir más que como hombre, y ahora aprendí que se debe morir primero como filósofo a los pies del Salvador en la Cruz, para poder

así primero, ser resucitado en la Gracia". Los destinatarios de Wust recibían en el curso del año muchas cartas y tarjetas, y muchas veces cambiaban con su párroco Rvdo. Karl Pfleger, Bilwisheim junto a Estrasburgo en Alsacia/Francia". Cartas postales del consejo de Münster, de la iglesia del Espíritu Santo y de la catedral. Pfleger ha manifestado luego: "Para mí y para muchos otros Peter Wust ha llegado a ser más que un querido auxiliar de la fe, y esto precisamente porque es no meramente un conocedor, sino también un confesor – pero un conocedor, que de lo profundo de su pasión por conocer saca el derecho de confesar. Por lo demás no llega primero este confesar a una dolorosa vuelta a la fe. Él está junto a ella – como un primario y típico pensador de conocimiento – desde su pensamiento. Su conocer va en él necesariamente en la dirección del ser objetivo y absoluto; percibir este ser y no errar filosóficamente, éste era su objetivo. Un pensador consecuente, como él es incuestionablemente, no puede al fin representar este ser sólo como espíritu de estructuras personales. Es un pensador, pero llega primero allí, así la revelación de Dios le aparece como una progresiva auto-apertura hasta la encarnación. Un filósofo que sólo es conocedor y no confesor, no conduce según la visión de Wust a ninguna auténtica filosofía. El verdadero filósofo deposita por eso su confesión "del secreto temblor de la inquietud de la eternidad en lo profundo de la naturaleza humana, en cuanto el hombre es espíritu y no animal".

Peter Wust empezaba, como refiere Walter Rest, en el tiempo de su actividad como profesor en la Universidad de Münster, casi siempre con la asistencia a la misa en la catedral. En razón de la disposición de ayuno vigente entonces (antes de la comunión) bebía de su termo antes de la clase de las 7 o de las 8,15 un trago de café. Luego, también después de la lección corporalmente fatigosa según horas de conversación con candidatos a examen y estudiantes, que querían presentarse. Y cuando Wust hizo una exposición (1930) una vez en el Mozarteum de Salzburgo, confió Paschalis Neyer, no había comido ninguna cena, sino sólo bebido una taza de café. Según su experiencia, decía él, podía en ayunas hablar mejor.

Wust era todo lo contrario que seguro de sí mismo. De su repetida angustia de estar en la cátedra y no saber qué debía decir, habló también a menudo con Edith Stein. En el Carmelo de Colonia el 14 de abril de 1934 él participó con Edith Stein en su toma de hábitos. Ella no podía captar esto en un pensador del tamaño de Wust. Una conciencia de pobre autodidacta – en casa en la filosofía moderna conducía siempre de nuevo a Wust. “Fuera y dentro me estremecía una terrible aversión a la cátedra. Luego es para mí, como sería para todo ignorante testigo, lo que yo digo, ciertamente como si hubiera dejado de cumplir mi profesión, en la cátedra yo hablaba como en un estado de trance. Allí hay una terrible conciencia de irrealdad”. Esto era ciertamente más que un definido modo de coquetería. Pues los colegas ordinarios en la Universidad le dejaban percibir claramente que en el fondo no pertenecía a ella.

Una excepción la constituía Heinrich Scholz. “Scholz y Wust son dos típicos representantes contrapuestos de la filosofía. Scholz venía de la filosofía de la religión, había sido teólogo evangélico y luego tomó el camino de la matemática a la lógica, en una palabra a lo que se puede decir claramente para hablar con Wittgenstein. Su reproche contra Wust era que Wust decía cosas, que no se pueden propiamente decir; que Wust entablaba recursos, donde se tenía que argumentar. Sin embargo luego Scholz, hizo una necrología para Wust, que hoy sólo se puede leer con emoción. “Ha dejado en mí una huella, que es más profunda y duradera, que la que yo he podido nunca dejar en él” (comunicación de Robert Spaemann).

En su desarrollo espiritual Wust ha ido a través de la filosofía de la Ilustración; el neokantismo y su teoría del conocimiento fue una de las estaciones.

La crisis religiosa en la mitad de la vida de Wust había partido primero. Wust quería ser sacerdote–, luego estudió filología inglesa y alemana; sin embargo, no se libró de la filosofía, desde que “el relámpago de Friedrich Paulsen dejó caer el gran asombro en su alma”. Ernst Troeltsch le enseñó “sobre la fe de los Padres volver al

soberano poder del espíritu y asentarse en la filosofía para la vuelta a la metafísica contra todo escepticismo en una estéril teoría del conocimiento” (Wilhelm Vemekohl). En Colonia encontró Wust a Max Scheler. Este filósofo tuvo parte decisiva en su desarrollo espiritual. En una visita a los amigos parisienses de Peter Wust, Jacques Maritain, Robert d’Harcourt, Charles du Bos, Henri Brémond, Paul Valéry y Paul Claudel en mayo de 1928, supo él la súbita muerte de Max Scheler. A su regreso visitó Wust la tumba de Scheler en el Cementerio Sur de Colonia. “Rezarle era para mí casi imposible. Así me obsesionaba el pensamiento de este estremecedor verlo de nuevo..., cuando yo estaba de pie junto a esa tumba, temblando en el pensamiento, de lo que yo desde septiembre de 1921 había vivido al lado de este hombre, temblando y tiritando en el sentimiento de la soledad” (8 de junio de 1928).

Siempre se percibía en las obras de Peter Wust el impulso de la palabra hablada. Aquí hablaba uno que ha pensado, que está con los hombres –también el contemporáneo de nuestros años de vida– no por altanera indiferencia o híbrida auto-seguridad, sino por la necesidad de ser de su agrado. El hombre de nuestro tiempo podría –aún si hablara otro lenguaje que el de los treinta y cuarenta del S XX, encontrar aquí orientación– de este contemporáneo del cambio de centuria En Wust se encuentra algo diverso del resignado relativismo o del estoicismo, del desesperado sentido –búsqueda y sentido– del conocimiento como un modo de sentir al cual se había dedicado: un intérprete laico en el siempre perturbado, trabajado teatro del mundo... La Encíclica del Papa actual “*Fides et ratio*” lamenta con derecho la audacia para la reflexión filosófica que hoy falta, sin embargo, lamentablemente no nombra ella los correspondientes ejemplos contrapuestos, los nombres de Josef Pieper y Peter Wust. Hubieran tenido aquí su lugar.

“La filosofía y la muerte han tenido siempre que ver una con la otra – la muerte especialmente determina a los hombres, reflexionando sobre el todo de su existencia allí donde le es arrebatado el todo”. Así tiene el filósofo Peter Wust al morir una vehemente expo-

sición de su propio temor de la muerte consciente de cambiarse en esperanza. De ahí procede la quizá más significativa expresión sobre él de Karl Pfieger, que escribió sobre Wust: "Esto es su único orgullo, poder esperar". Sin embargo se debe mencionar aún aquí una palabra clave del filósofo: la palabra "sed". Está bien para toda filosofía, que habla seriamente de los hombres, hablar de sus carencias. La criatura humana tiene sed, y esto también de toda agua viviente, de la que Jesús ha hablado en la fuente de Jacob. De esta manera queda también vinculada aquella otra palabra que viene a los hombres desde la Cruz: SITIO. Tengo sed.

Traducción: A. Espezel Berro